



La punta y el iceberg.

Se vale opinar.
Martha Galindo.

Noviembre 6, 2022.

EL GRAN PANTEÓN.

“...la muerte siempre está con nosotros, rasguñando alguna puerta interior, (...), casi inaudible, justo por debajo de la membrana de la conciencia. Oculta y disfrazada...” Irvin Yalom.

Vida y muerte se entrelazan en el momento de nacer, pues a partir de ahí, acumulamos días vividos y descontamos días por vivir. Cada pueblo y religión ofrecen versiones sobre el fin de la existencia humana. Nuestra mitología fluctúa entre: jolgorio con tintes chuscos, temor manifiesto o revestido de respeto a lo desconocido, amor, dolor y en ocasiones burla. Rendimos culto a la muerte, engalanamos panteones, tumbas y altares para recibir dignamente a nuestros difuntos, aderezamos ritos sincréticos recordando a quienes ya no vemos, pero situamos en algún más allá, que nadie sabe a ciencia cierta dónde está ubicado. Eso hacemos un día al año y lo transmitimos a nuestros descendientes, pues creemos que, sin distinción, un día, aunque sólo sea uno, seremos para alguien, otro alguien cuyo espíritu regresará a visitarlo en tan significativa ocasión. Pero es innegable que, con o sin ceremonias, toda muerte deja una huella en los dolientes y más si el deceso que les atañe ocurrió en forma violenta, injustificada, criminal. Que las autoridades culpen a quiénes ya no son responsables de garantizar nuestra seguridad no aminora la pena de nadie. No ayuda que repitan que ninguna muerte violenta quedará impune, que se hará justicia o muchas frases insulsas, mentirosas, que no resuelven nada, pero confunden y aumentan la indefensión de los deudos. México es sangre, huele a cementerio, a ceniza, a desaparición o masacre y todos los días son aquí ‘días de muertos’, aunque no se levanten altares en su memoria o se preparen ofrendas mortuorias. Mientras los mexicanos oscilamos entre el asombro, el enojo y el dolor ante tantas muertes, el Canciller demanda a empresas estadounidenses fabricantes de armas, por el “tráfico de más de 250 mil armas ligeras a México en la última década a sabiendas que organizaciones criminales de este lado de la frontera las utilizan para perpetrar asesinatos” (Proceso). Bien por su esfuerzo, pero las armas ingresan libremente por nuestras aduanas y eso involucra complicidad, ¿o no?. El presidente viaja una y otra vez a Badiraguato y siempre invoca una noble razón para sus visitas. Dicha región no está entre las más pobres y apartadas del País. Ahí se ubican lujosas propiedades de narcotraficantes y obras benéficas para la comunidad financiadas con dinero teñido de sangre, producto de actividades ilícitas. El alcalde de Badiraguato propone construir un Museo del Narco. ¿Prefiere México usar el dinero para adoctrinar a menores en la cultura de quiénes han ganado millones atentando contra la salud, integridad y vida de la población con acciones dañinas y criminales, en vez de prepararlos en oficios o profesiones dignas que incrementen su autoestima, les provean bienestar y beneficien al País? Tal parece que escogemos ser un Gran Panteón y no un gran País. Que deseamos tener más copal y cempasúchil todo el año y menos vida y desarrollo. “*Acepto la inevitabilidad del sufrimiento humano proveniente de alteraciones naturales en las criaturas biológicas (...) pero no acepto el sufrimiento producido por la inhumanidad del hombre contra el hombre*” V. Rensselaer Potter.